

## MICHEL SERRES

### o el encanto de la filosofía

Tiene 60 años y un aire de abuelo tranquilo. En la televisión, habla de educación, de ecología, de inmigración citando a Plutarco o a Leibniz. Los franceses vuelven a solicitarlo y se arrancan sus libros. Fenómeno bien simpático.

Es el «efecto Serres». Del escritor Serres, nombre Michel. El editor —François Bourin— había tirado prudentemente 20.000 ejemplares de su último libro *Le Tiers—Instruit*. Entonces estábamos a fines de enero y esa cifra será pulverizada pronto. En apenas quince días, el *Tercero* se revela ampliamente tan rentable como instruido. Y el *opus* del académico se encuentra propulsado y después sólidamente establecido en los *hit—parades*. Después de nueve semanas, los libreros no podían creer lo que veían. El mundillo de la edición y el planeta de los *mass-media* audiovisuales se rascaban la cabeza. Resoplos: «Entonces, ahora, ¿se van a vender las digresiones, filosofantes?» A la lucha, ¡140.000 ejemplares hasta ese día! Agarraos, cuatro veces más que el libro *best-seller* «*L'amour, ça fait pas grossir*» de la muy crujiente Catherine Carlson.

Volvamos a Serres, 60 años bajo su crin blanca, y a la enigmática historia de las 249 páginas de su *Tercero-Instruido*. Ni un panfleto asesino ni tampoco un producto *marketing* para intelectuales. No, justo un ensayo, el 22º título de sus obras completas, que trata —en su estilo «difícil» reconoce el editor, «amfigúrico» dicen las malas lenguas— de las virtudes de la educación y del mestizaje cultural. En resumen, nobles temas generalistas pero, *a priori*, no verdaderamente encarretadores. Y sobre todo que a la salida del libro los *Scud* aún silbaban en el Golfo. Todo oscila pues hacia el otro lado el 6 de Febrero, cuando Jean-Marie Cavada invita al maestro a su emisión «La Marcha del Siglo» (FR 3). El hombre de letras, un poco Alphonse Daudet, en nada Leprince-Ringuet, a veces precioso, lo más a menudo y siempre agradablemente cultivado, va a filosofar una hora y veinte. Increíble: 3,5 millones de telespectadores caen encantados. Ya inesperado que el profesor de la Sorbona resista cómodamente al programa enfrentado en la cadena TF1. «Sacrée Soirée». El «efecto Serres» se ha desatado. Nada lo detendrá más. Desde el día siguiente por la mañana, las librerías son desvalijadas de todos los *Tercero—instruido*. En medio de la catástrofe, el editor reimprime a toda máquina.

Era necesario guardar la razón pero el éxito estaba allí. Poco importa si los lectores no van más allá de la página quince del libro, que hará entonces oficio de reliquia en la mesa baja del salón. La pregunta es: ¿por qué la presentación catódica de Michel Serres ha tocado tanto, removido lo que Cavada llama el «gran público de alta escala»? ¿Por qué el efecto, llamado milagroso por el editor, se perpetuó hasta ese día? Primera observación: el hombre exhibe una desarmante benevolencia. Cualidad enojosa en la pantalla pequeña donde del «¡Cielos, mi martes!» a los duelos

políticos, la norma es poner cara de arreglo de cuentas. Lanzar flechas. Serres no tensa nunca el arco. El abraza a todo el mundo en directo y todo el mundo se siente mejor. Remozado. ¿Los profes de los liceos franceses? Cien veces mejores que sus homólogos americanos, asegura él que enseña en Stanford. ¿Los deportivos? Maravilla: no pueden engañar con las centésimas de segundo como los clérigos que manipulan las palabras, subraya él que es conocedor de la cocina oratoria. ¿Va él a poner contra la pared a sus colegas escritores? Absolutamente no puesto que no cita a ninguno con excepción de aquellos que han nacido un poco después de Jesucristo: «Entre más envejezco —dice frente a la cámara— más releo a Plutarco».

Un arte extremo del consenso que seguramente ha hecho palidecer a los consejeros en comunicación de Michel Rocard. Y que después de haberlo exasperado, ha aturcido manifiestamente a la encantadora normalista aún formada completamente por Jean-Paul Sartre y que fue invitada a «La Marcha del Siglo». «Es verdad, Serres tiene el sentido del sosiego democrático» anota Cavada, quien preparó la emisión con él durante largos meses. De golpe, el riesgo estaba en hundirse en intercambios al mismo tiempo: corteses, azucarados y tibios. Gascón al fin y al cabo, Serres realienta entonces a su público en un lance improvisado. A lo Cyrano. Esa fórmula soberbia sobre la emigración que él le desliza a Safo, su vecina en el escenario, cantante nacida en Marruecos, de familia judía: «Cuando no se tiene patria uno echa sus raíces en su lengua. Perder su tierra es ganar el libro». Emoción.

La misma sorpresa en su vuelta por las provincias francesas comenzando por su amado Suroeste. Fuera de Agen, su tierra natal, fue a Montpellier donde tuvo el mayor éxito. La librería Sauramps previó una recepción en la sala de reuniones de la alcaldía. El 8 de Abril, 1.500 personas la colmaban. En dos días de estadía, el escritor firmó mil libros.

Así gusta Serres. El antiguo oficial de la Escuela Naval que rara vez ancla y no molesta a nadie, sabe en desquite vestir muy bien la época. Con las palabras en rico dobladillo de los salones del siglo XVII, cuando los estudios de televisión del siglo XX abusan hasta la sensiblería de un vocabulario aligerado, descremado, sílfide, digno de representantes de yogur. Sin duda el libro anterior de Serres —*El Contrato Natural* al que le debe su segundo paso por «Apostrophes» en 1990— no inventa la ecología. Pero, pensándolo bien, uno prefiere sus disertaciones ilustradas por Goya o Virgilio, a los dictados verde pálido de Antoine Waechter ilustrados por Waechter.

Decorativo a veces hasta el rococó, Serres, que se compara con un zorro, se introduce de hecho con astucia en un papel no previsto por las cadenas de televisión: el de preceptor público. Así, no duda en detenerse sobre la etimología de una palabra. Ejemplo: «religión». Su contrario no es «ateísmo», sostiene él, sino «negligencia». Bonito. Para hacer captar la violencia que nos acecha, toma aparte a los otros invitados: «Imaginad que después de esta emisión nosotros quedáramos

bloqueados quince días en este estudio después de un accidente. ¡Imaginad la degradación de nuestras relaciones!»\*. Eficaz.

Trucos de profe. Una autoridad de pedagogo envuelto en los pliegues de una sabiduría que ejercieran muy brevemente en la televisión dos espíritus libres, dos palabras tenues, durante mucho tiempo desconocidas del gran público: el historiador Philippe Ariès y el filósofo Vladimir Jankélévitch. Uno y otro revelados por «Apostrophes» en 1980, es decir poco antes de su muerte. Cuando Serres cultiva un perfil de marginado con respecto a los dictados ideológicos, se piensa en Ariès, auténtico garrotazo para la universidad. Cuando no quiere «morir sin escribir una moral» es Jankélévitch.

El problema es que en 1991 los intelectuales no son legión para ver en la televisión lo que Serres llama «un profesor de todo el mundo». Fuera de la promoción de sus libros, en efecto los monstruos sagrados son raros en aceptar las invitaciones a «La marcha del siglo». Tanto el sociólogo Edgar Morin como el escritor Tahar Ben Jelloun se habían rehusado.

Guillaume Malaurie

---

<\* No puedo dejar de decir que el accidente ya fue filmado; el “Ángel exterminador” de Buñuel... (n. de Paláu)>.

## Un agregado libre

Rechazando toda filiación o todo mandarinato, Michel Serres ha sabido cultivar su diferencia. Como buen filósofo.

Una portada gris, un castaño como centinela tras el muro, una barca chata de arena y juguetes abandonados: si no hubiera hecho su mirador en Vincennes, la casa de Michel Serres podría haber estado agazapada en las, riberas del Garona. El autor del *Tercero-Instruido* llega vestido de *jogging*, su naturaleza «rizomática». Los ojos aquitanos «que han seguido siendo galos», la voz de Ulises con sus mil astucias, las clavijas aladas de Hermes, dios de la comunicación, y ese rostro que irradia la avidez del saber: el público realiza un plebiscito, tanto en el Salón del Libro en París, donde lo único que faltó fue quebrar la caseta, como en la vuelta de la victoria a Francia, desde Bordeaux pasando por Tarbes y por Pau.

¡Una verdadera «marcha del siglo»! El encauza el curso de una vocación multiforme, abigarrada como el abrigo de Arlequín, acorde desde el origen con aquello que Michel Serres llama la «nueva cultura». De sus ancestros campesino-marineros tiene el gusto por el anclaje tanto como por los preparativos de salida. Los pies en el suelo, la frente en la bóveda celeste, él nos lleva también (con la Siete, en compañía del mejor astrónomo francés, Pierre Léná) a los arcanos de los observatorios: «Vuelta al cielo, vuelta al mundo». Entre el arado y las estrellas, durante mucho tiempo él juega las imágenes de Epinal.

«Filosofía, matemáticas y letras, yo me di esa cultura». Es decir que siempre ha puesto en funcionamiento la práctica del «mestizaje». De la combinación de disciplinas hasta entonces separadas por tabiques provienen tres licenciaturas, el concurso de la Naval, la Calle d'Ulm\* y la agregación en filosofía. Desde ese momento, presiente que «una cultura desaparece, y otra aparece». Es al aprendizaje de las ciencias (ese lugar que se ha vuelto «común» después de que estuvo ausente) al que Michel Serres atribuye el poder cada vez mayor de su palabra. «Un filósofo no puede hacerse escuchar sin las ciencias y las letras; de ahora en adelante es inaudible, a menos de haber adquirido esta formación».

En esto diverge de la altiva familia universitaria, poco acogedora a los ludiones. Alumno de Michel Foucault, fue también su camarada en la Escuela Normal; los dos enseñaron en Clermont-Ferrand y serán, en 1969, los cofundadores de la universidad de Vincennes. Pero sus pares cerrarán algunas puertas —entre las cuales, algunas magistrales— a este bravucón que rehúsa «hablar a la manera de». Habiendo callejeado todo el verano, habiéndose mantenido en «lisa», como él diría, en múltiples disciplinas, se encuentra con una cátedra de historia de las ciencias. Va por la tesis sobre Leibniz. Pero las pamplina literarias (Jules Verne, La Fontaine, Zola, Hergé) que salpican de manchas verdes la serie de los «Hermes» han tomado demasiado a su comodidad con la sacro-santa regla del serrallo. Comentario del interesado: «Yo no me imagino ni como un sucesor ni como un hijo. No soy señalable en un grupo genealógico».

---

<\* Se trata de la Escuela Normal Superior, que queda en esa calle parisina (n. de t.)>

Siguió una dolorosa travesía del desierto «con respecto a ese país natal, la filosofía». «Yo quise instalarme por mi cuenta, soy un tendero, en el sentido artesanal del término». Cuando comenzó sus cursos, en un granero de la Sorbona, fue «con cero estudiantes». O, más exactamente, con uno solo: el director de «Ciencia y vida». Poco a poco, con la ayuda de la boca a la oreja, la clientela se consolida. Llegan ingenieros, médicos, «extraviados que querían anclar su ciencia en este tipo de discurso». Un discurso que si bien ya no es raro actualmente, por lo menos era inhabitual en los años 70.

Haber presentado así el advenimiento de una cultura científica no le aporta sin embargo la serenidad. Recuerda: “Estuve muy enfermo por el ostracismo de los filósofos. Aún ahora lo sufro. Pero, finalmente, ¡que viva el desierto! porque él procura la libertad. Y además la filosofía debe ser previsional; nunca me hubiera atrevido a esperar lo que ocurrió”. Es un hecho que actualmente sólo se jura por las ciencias, incluso para los niños dotados en letras. Cursos repletos de politécnicos, de HEC y de centralianos, esto es algo que reconcilia a Serres con su pasado: «Si tuviese que recomenzar actuaría de la misma manera».

Sin embargo, en esa época pensaba que no accedería nunca a la notoriedad. Escribir 13 libros sin que nadie hable de ellos es algo que labra una herida: “Entonces, estoy muy contento de que haya ocurrido, tanto más cuanto que soy un provinciano. Soy todo lo contrario del intelectualoide clásico parisino, que no abandona el barrio Latino. Escribir *Los Cinco Sentidos*, *Estatuas*, *El Contrato Natural* hubiera sido impensable sin mis raíces. Ellas están presentes, ellas atraviesan todos mis libros”.

¿Cómo conciliar esas declaraciones de amor reiteradas por una región que os ha enseñado todo —Serres ha chupado la «leche del adentro»— con el mestizaje predicado en *El tercero instruido*? La supremacía de una cultura francesa incensada tantas veces, hasta en el discurso de recepción a la Academia, ¿no condena las culturas extranjeras, «la leche mamada afuera»? ¿Y ese *corpus* filosófico exclusivamente francés, publicado en Fayard, comenzado antes de La librería europea, es verdad? «Buena pregunta», concede Serres, que trata de defenderse con pico y uñas: «Trabajé sobre Alemanes, Griegos, y Latinos, Platón y Aristóteles, Lucrecio. Más seriamente, la experiencia de «el otro» hace arder el origen. Nunca me siento tan francés como cuando dicto mis cursos en Stanford [desde hace veinte años, reparte su tiempo de enseñanza entre la Sorbona y la costa oeste de los Estados Unidos, donde encuentra la paz que le permite escribir], ni tan gascón como cuando vivo en París. Dicho de otra manera, la experiencia del mestizaje define claramente la originalidad en el traje de Arlequín, cuyos diferentes resplandores cambian sin aniquilarse, co-existiendo los unos con los otros».

También está la empresa que lleva a cabo al lado de Annette Gruner —hija del inventor de las técnicas de taladro petrolero, Conrad Schlumberger—, un encuentro que se remonta a una decena de años. «Lo que yo más amo en su forma de mecenazgo es el amor por la cultura; esta mujer es ella sola un formidable resumen del siglo XX, conoció a Stalin y Trotski, artistas como Max Ernst, las gentes de la NRF, desde 1930. Hemos creado juntos la fundación de las Parras, en el alto Vas. Bioquímica, física, tecnología, matemáticas, los más grandes científicos se reúnen allí en coloquios interdisciplinarios. Annette Gruner Schlumberger sabe que aquí la

cultura es pobre. Se encuentra muy pocos seres tan generosos, por no decir ninguno».

¡Hablemos del gran escándalo de la enseñanza en Francia! se enardece él. El discurso de recepción al Quai Conti estigmatiza la indigencia y el desdén de que ella es objeto. «Los dos chivos expiatorios son la cultura y los niños; cuando se paga a los institutores menos que a un guardián de prisiones, cuando se menosprecia a los niños, se hace de ellos algo menos que presidiarios».

A este todero universal, a este espíritu pluridisciplinario, ¿no le ha faltado hasta ahora el compromiso político? En un artículo explosivo publicado por «Le Pojnt» en el mes de marzo, Pierre Billard constataba la muerte del intelectual, «valorado menos por su producción en el campo de su competencia que por su agitación en el campo de su incompetencia» ¿Cuál es la reacción de Serres, escritor caluroso que sin embargo nunca ha firmado ninguna petición y que no tiene nada de hombre de partido? «Un intelectual no es bastante poderoso en su pensamiento, afirma él. He sido profesor de algunos ministros y de consejeros del presidente de la República [es muy amigo de Attali y de Biasini] pero es verdad que no me he comprometido. Sin embargo, todo filósofo debe cumplir una especie de obligación de totalidad. Estudié derecho. *El contrato natural* fue el fruto de ello. No quiero morir sin publicar una moral ni sin haber escrito sobre la política. Si me he abstenido es porque a mis ojos no existe dominio más complejo. Aún soy demasiado joven».

Por el momento, forzoso es pues mantenerse en la obra, de la cual *El tercero-instruido* es el «retrato-robot». «Mi *Emilio* para mí», dice él. Sin olvidar los anteojos de ventisquero de Arlequín, que completan el atuendo abigarrado. Serres hace el elogio del deporte, de la montaña, de la reata de alpinista: «Yo vi la sombra del Himalaya proyectarse sobre el cielo, como un efecto cinematográfico. No pude impedirme gritar: “¡Deus de Deo, lumen de lumine!”». Un guía se preguntó que significaba aquello. Otro respondió: “Nada, a veces le da por hablar raro”».

Anne Pons

## Todos los caminos llevan a Agen

Cuando el incansable  
viajero reencuentra  
sus raíces gasconas.

Su apellido le viene de esas colinas que dominan el Garona: las sierras. Un apellido que va y viene, un apellido de terruño para un nómada. Nacido en Agen, Michel Serres vuelve a su pueblo natal esta primavera del 91, después de un largo periplo por todo el mundo. Un acontecimiento anunciado en la primera página por los diarios regionales. Más de trescientos admiradores han esperado su dedicatoria y su autógrafo. El ha tenido una palabra para cada uno. Reencontrando amigos de infancia, vecinos, primos. Todos los profes del lugar le hicieron guardia de honor. Paul Chollet, diputado y alcalde, saluda en él al «nuevo Bergson, antes de entregarle dos ramas de laurel trenzadas, homenaje que Agen sólo había rendido una vez, en 1856, a Jasmín, su gran poeta. Se está en la sala de los Ilustres, en la alcaldía, bajo la mirada de Lacépède, del general Valence, de Jean Gérard Lacuée, conde de Cessac, ministro de guerra de Napoleón, que ocupó precisamente en la Academia ese sillón N° 18, el de Lacordaire y de Tocqueville, y en el que acaba de sentarse el más gascón de los filósofos.

En la tarde, en el teatro, la sala repleta: 1.500 personas. Un record: Johnny Hallyday no había reunido 1.000. En la escena, Michel Serres logra no estar como representando. Incluso estaba tan próximo, tan acertado que se diría que estaba conversando. Habla del río, del «murmullo sedoso de las crecidas formidables». Añade: «Cien relatos de inundación forman la epopeya de mi familia». Pasan por su voz cuarenta años de vida migratoria, de Djibuti a Baltimore, sin «turín ni tortera, ni alose de ciruelas». Describe la melancolía de los nómadas, ese sueño de vivir «como un árbol, levantado y plantado allá», en el país natal. Ese país, ese paisaje que modele pacientemente al paisano. «El primer arte, la primitiva y fundamental cultura nos viene de la agricultura». El dibujo de los campos, traje de Arlequín. Y las «estelas estables» de los muertos, que se levantaban antiguamente al final de cada parcela. Es así como el campesino, a partir del culto de los ancestros, inventó los dioses. El inventó también la geografía mientras que el viajero descubriría el tiempo, es decir la Historia. Y el monoteísmo. Cuando uno duerme bajo todos los cielos del mundo, cuando el cuerpo está extenuado por las distancias recorridas, sólo guardamos lo imponderable: «La flexibilidad de los músculos, sus capacidades mentales, su cultura, su lengua». Serres se pregunta: «¿Por qué me he vuelto escritor? para habitar aún el arenal de mi padre. Fue preciso que yo me fuera para comprender lo que quería decir habitar». El francés que él escribe como trovador es su predio. Y la página su paisaje por esculpir. ¿Fiel a los suyos, a los orígenes, a pesar de la ausencia? «Tomé la decisión de llamar Garona a todos los ríos del mundo».

Hay un silencio íntimo como el que sigue a una confesión. En una vuelta de frase, Serres ha logrado pulverizar la distancia que lo separaba de aquellos que lo escuchan. Se lo siente a gusto. Cada uno siente el apego a la región. Y sin embargo la experiencia del mestizaje no tiene nada de abstracto. ¿Por qué?

«Porque Agen es la ciudad más mestiza de Francia. Para permanecer sólo en este siglo, ella vio llegar a los Rusos después de 1917, a los Españoles de 1936. los Italianos que huían del Fascismo, los Loreneses, Alsacianos, Picardos y Belgas expulsados por la vanguardia de los ejércitos nazis, los pie-nuar repatriados de Argelia, los emigrantes venidos del Sur». Todos, cruces de razas de alma cátera y albigense, viviendo cerca de las viñas y de los ciruelos, los pies en el agua fangosa.

Un sábado en la mañana, en un anfiteatro de la Sorbona, Michel Serres desvía un río para hacer el curso. En provecho de sus estudiantes de licenciatura y de tercer ciclo, a los que se les suman fieles pseudo-colegiales espigados. Tema del día: el tiempo. Ese tiempo que pasa como se dice. Y que corre, irreversible, como se lo cree, de arriba abajo, del pasado hacia el presente. Con la caución de Heráclito, de Montaigne, de Pascal. Serres, tal como en sí mismo, tiza en mano, demuestra que ellos no han «navegado nunca, nunca, nunca», que ignoran todo sobre los torbellinos y las contracorrientes. Júbilo en las praderías. Se llega a la música, al ritmo, al calendario, a la termodinámica, al Amor, que no se acuesta siempre en la misma cama, al mosaico, ese dibujo que va y viene... Dos horas: es un viaje por una zona de libre intercambio de los saberes. Una exploración del espacio-tiempo, remontando las palabras hasta la fuente. Y la asistencia, con la cabeza llena de imágenes y de relatos, tiene los ojos del capitán Burton descubriendo las fuentes del Nilo.

Sylvaine Pasquier.

## «EL MESTIZAJE ES NUESTRA LEY COMÚN»

Tenía 15 años cuando ocurrió Hiroshima: «Ese fue el acto primero que organizó toda mi vida, fue por eso que me volví filósofo». La explosión atómica acababa de romper la antigua alianza entre el Estado y el pensamiento. Mientras que el político no tenía en su mano más que una parte de la violencia, el filósofo jugaba el papel de «contrapeso logicial». De aquí en adelante, Michel Serres puede decir al príncipe: «Usted tiene la bomba en la mano, usted no tiene necesidad de mí. Pero yo soy el que revela que usted tiene eso en la mano, y que usted se quedará indefinidamente en la repetición. Usted no tiene más que la destrucción universal. Nosotros tenemos el resto».

Sin duda él es el único de su generación que no sufrió el contagio marxista. Desde la infancia, la guerra de España lo había prevenido contra las ideologías: todas mortales. Serres, que cometió la equivocación de haber tenido razón demasiado temprano sobre este asunto, se retiró. No era asunto de mantener «una especie de estación de gasolina dentro de una multinacional intelectual, como otros aceptan ser bomberos en tal o cual empresa». Exigencia: pensar sin odio, desprenderse de las relaciones de fuerza, de las estrategias guerreras. Reconciliar en vez de dividir. Comenzando por los dos continentes del saber, ciencias exactas y ciencias humanas. El que se da como profesión pensar debe, según él, adquirir una visión de conjunto, sintética, de todos esos dominios. Condición necesaria para sostener el proyecto filosófico por excelencia, es decir la anticipación del mundo. A La manera como Aristóteles prefigurando la Edad Media. Y Serres reivindica el puesto tranquilamente.

Nada de ciencias sin humanidades e inversamente. Pero, en un caso como en el otro, «no hay nada en el intelecto si el cuerpo no ha rodado por el mundo, si la nariz no se ha estremecido nunca sobre la ruta de las especias». Dicho de otra manera, sólo tenemos palabras y los objetos reales han abandonado el lenguaje. A la filosofía que sólo ofrece, a sus ojos, buenas palabras y representaciones, Serres responde con *Las Cinco Sentidos*, libro impresionista para algunos, desoxidante para otros, flirteando con lo novelesco y la autobiografía, miríada de sensaciones, de emociones que se levantan al filo de las páginas. ¿Cómo expresar la seducción del mundo? *El Contrato Natural* aboga por el amor a la tierra. Y el reconocimiento de sus derechos. «Habíamos imaginado poder vivir y pensar entre nosotros, mientras que las cosas obedientes dormían, todas aplastadas bajo nuestra empresa». Resultado: las catástrofes ecológicas. ¿Es este el fin de la era cartesiana, del proyecto de dominación sobre la naturaleza? Una cultura está por inventar. Cultura mestiza. Hay que ver *El tercero instruido*.

S. P.

**El Express:** *Después de Hermes es Arlequín el que aparece en vuestra obra para hacer un elogio del mestizaje. ¿De que manera Arlequín es mestizo?*

**Michel Serres:** Miremos su túnica: una yuxtaposición de retazos de todos los tamaños, de todos los colores, de edad y de proveniencia diversas. Cada uno de nosotros es un Arlequín a su manera. Para comenzar, todo aprendizaje consiste en

un mestizaje. Enseguida, la mayor parte de la gente son mestizos, porque la mezcla genética, lingüística, cultural, es la ley común. Y la mezcla también constituye el aprendizaje. Uno nunca se educa solo. Dicho esto, señalemos una falta de lógica: identidad significa individualidad y nada más. Está claro sobre la tarjeta de identidad precisamente. Mi identidad es llamarme Michel Serres. Y soy francés por pertenencia. Pertenezco al pueblo francés. No se hace la distinción entre «idéntico a» y la pertenencia a tal o cual conjunto... gascón, normalista, deportista, sorbonardo, emigrado, etc., en lo que me concierne. La identidad de cada individuo es una intersección de pertenencias. Un traje de Arlequín. Con el nombre que uno lleva no se puede hacer nada. Mientras que la pertenencia puede producir todo el mal del mundo, incitando a excluir. Es por esto que más vale adquirir muchas, por medio de la educación, que actúa así por la paz.

– *Lo que es verdad para el individuo ¿lo es igualmente cuando se considera el conjunto de una sociedad?*

– Yo le respondería así: Francia es mucho menos racista de lo que la presentan los *media*. Incomparablemente menos, en todo caso, que los Estados Unidos donde habito la mitad del tiempo.

– *El término «mestizaje» recubre hoy contenidos muy diferentes. Su definición, en el uso corriente, ¿no le parece un poco vaga?*

– Es imposible dominar la difusión de las palabras. Lo que no les impide tener un sentido. Nunca Francia ha sido más francesa en su estilo y sus contenidos como en el siglo XVII. Ahora bien si se lo mira de cerca, Corneille habla español: ved *El Cid*. Racine habla griego: se trata de Ifigenia. Todos los pintores y los músicos de entonces hablan italiano. Incluso Couperin se hacía llamar Couperini... A fin de cuentas, nuestra cultura más clásica salió de una extraordinaria mezcla europea en el espacio y en el tiempo.

– *Estos artistas no se encontraban en un país dominado. Su situación no tenía nada de comparable con aquella de los colonizados que tenían que sufrir la «civilización» del conquistador.*

– ¿Quién batió el record del mundo en 4x100 metros, en Sp1it, en Septiembre del 90? Dos Martiniqueses, un Guadalupano, un Reunionés. Cuatro atletas franceses, salidos del cruzamiento cultural. Yo noto que padecemos cruelmente, la dominación cultural y lingüística de los Estados Unidos. Vosotros periodistas, que no cesáis de hablar inglés, no me desmentiréis.

– *Ser el Tercero instruido de esta época, ¿no es también interesarse en otros modos de pensamiento, por ejemplo, en el del Islam?*

– En este país ya no se tiene en cuenta a los grupos de diálogo cristiano-musulmanes. Y sin embargo eso marcha mejor que en otras partes. Es en esta dirección que es preciso ir. Pero también hacia todos los dominios del saber comprendida allí la ciencia. ¿Sabía usted que las más bellas invenciones fueron casi siempre realizaciones de los no-especialistas? ¿Mestizos, en este sentido? Explorar le disciplinas científicas, por parte de un intelectual de formación literaria, es también algo deseable tanto como lo inverso.

– *Se reencuentra allí esa vocación de enciclopedista que es la suya desde El sistema de Leibniz y sus modelos matemáticos.*

He aquí otra manera de ser Arlequín. Aquí insisto porque este espíritu se ha perdido. ¿Por qué? Porque se ha escogido la vía de la especialización, a veces con buenas razones. Mientras tanto, la filosofía ya no asegura la función enciclopédica que sin embargo estaba en el recto hilo de su tradición. No existe filosofía sin síntesis, sin visión global de todas las regiones del saber. Aristóteles, Kant o Hegel le han dado la vuelta a los conocimientos de su tiempo. Un hombre como Bergson conocía bien las matemáticas, sabía física y biología aceptablemente y, a fines de su vida se interesaba por las ciencias humanas, sobre las cuales, exclusivamente, se precipitaron las generaciones siguientes, creyendo encontrar en ellas un zócalo nuevo sobre el cual fundamentar la filosofía. De golpe, se abandonó en media carretera a las ciencias exactas.

– *¿No sería también que su imagen se había vuelto particularmente negativa después de Hiroshima?*

– Antes de la guerra, Sartre ya declaraba: «¡Ciencia piel de pelota, moral hueco de pelota!» La separación de los dominios de saber viene, seguramente, de esas crisis, pero además, del propio sistema universitario. Por la simple razón de que los filósofos se reclutan casi siempre entre los literatos. En estas condiciones, dotarse de una formación científica tiene que ver con el heroísmo. *El tercero instruido* es un ensayo de restablecimiento de ese modelo enciclopédico.

– *Es también un libro político.*

– No del todo, no todavía. A menos que se llame política lo que se coloca, desde la infancia, por medio de la educación y el aprendizaje. En este sentido, la crisis mayor de Occidente, en la actualidad, es la enseñanza. Desde hace veinticinco años, cuando más de medio millón de personas manifiestan en las grandes ciudades, es porque existe siempre un problema de escuela y de educación entre manos. Toda nuestra economía está fundamentada sobre la investigación científica. Ahora bien, los candidatos al CAPES o a la agregación son tan raros en ciencias que a menudo son menos numerosos que las plazas disponibles. Crisis grave que compromete nuestro porvenir a largo plazo. Pero ¿quién se ocupa del largo plazo?

– El Contrato Natural *precedió a El tercero Instruido. Alegato a favor de la Tierra, ese libro pasa a veces por ser el manifiesto que esperaban los ecologistas.*

– *¿De qué se habla cuando se habla de ecología? Ante todo de una ciencia nacida a fines del siglo XIX, muy completa y de muy alto vuelo: para ella se necesitan matemáticas, física, termodinámica. Después, de un movimiento político mucho más reciente. Mi libro tiene que ver menos con la ecología – palabra que nunca he pronunciada – que con la relación entre ciencia y derecho. Es un conflicto que nunca ha cesado desde su aparición en la Grecia antigua. En la actualidad los problemas que se plantean en nuestras sociedades son casi todos de origen científico: de la píldora hasta la polución, desde el átomo hasta las muchachas deseosas de ser madres sin tener relaciones sexuales. Y cada vez uno se encuentra frente a un nudo muy difícil de deshacer, entre la cuestión estrictamente científica, la racionalidad jurídica, más una especie de modelo religioso previo. Os remito al asunto Galileo.*

Estamos lejos de que sea el único en la historia. Y nuestro tiempo ve cómo se aumenta la tensión entre la razón técnica y la razón jurídica.

– *Algunos se han sorprendido de oírlo decir que el más grande acontecimiento del siglo XX era la desaparición de la agricultura en tanto que actividad piloto de la humanidad.*

– Que se me cite una catástrofe que no esté ligada a esto, de cerca o de lejos. Las guerras, los fenómenos de post-industrialización son frecuentemente las consecuencias de desplazamientos masivos de población. Algunos países contaban, a comienzos de siglo, con 85% de efectivos agrícolas. Hoy, les queda del 4 al 12%. Y ni una palabra sobre el asunto en ninguna parte. Pero ello no impide que exista aquí una ruptura profunda con una cultura que nos ponía en contacto directo con el neolítico. En 1967, la rebelión de los cultivadores dejó centenas de heridos por toda Francia. ¿Quién lo recuerda? Un año más tarde fue Mayo 68. Y todo el mundo se acuerda. ¿Por qué borramos de nuestra memoria lo que corresponde al campesinado?

– *¿No cree usted que se trata más bien de ciertas ideologías, históricamente fechadas, a las cuales se lo ha asociado?*

– Un filósofo, si piensa libremente, tiene el hábito de pensar la cosa antes de la referencia. Es un hombre que no cita nombres propios sino nombres comunes. En caso contrario, está entrampado por la pertenencia.

– *Usted el viajero, el marinero, el aventurero del Paso del Nor-Oeste... es un poco paradójico verlo en la Academia.*

– Apenas llego. La ausencia de un medio profesional ha contado mucho en mi vida. Hoy estoy bastante contento de haber encontrado uno. Los académicos son gente sin exclusiva. Y les gusta reír.

– *En el Quai Conti, ¿se es aún nómada?*

– Plantead la pregunta a Ionesco, rumano; a Troyat, ruso; a Senghor, africano; a Lévi-Strauss, a Julien Green... Ocurre a veces que el centro esté compuesto de elementos muy periféricos como yo. Una tribu de mestizos.

Entrevista realizada por Sylvaine Pasquier para *L'Espresso* del 17 de Mayo de 1991.

Traducida por Luis Alfonso Paláu. Medellín, Agosto 13 de 1992. Digitalizada y corregida para la *Cuarta lectura de la obra de Michel Serres: de los libros de Fundaciones a los del Gran Relato*. Universidad de Antioquia. Instituto de filosofía. Medellín, Noviembre 7 de 2007.

CRIAR  
7

INSTRUIR  
31

EDUCAR  
83

Anexos  
MICHEL SERRES  
o el encanto de la filosofía

Un agregado libre

Todos los caminos llevan a Agen

«EL MESTIZAJE ES NUESTRA LEY COMÚN»